

A-C.97/5





A. Co. 97/5

1819

ELOGIO FÚNEBRE.

83022

1819

ELOGIO FUNEBRE.

FRANCESCO

ELOGIO FUNEBRE

que

EN LAS SOLEMNÍSIMAS EXEQUIAS,

celebradas con el soberano permiso de S. M. el dia 12 de julio de
1829 en la Iglesia Real de S. Gil por la Real é Ilustre Congregacion
de NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE,

á la digna memoria

de su augusta Reina y Protectora

LA SEÑORA

Doña María Josefa Amalia de Sajonia,

(V. E. P. E.)

DIJO

DON PEDRO RICO Y AMAT,

Maestro en Artes, Doctor en Sagrada Teología, Catedrático que fue de Filosofía del Seminario Conciliar de san Miguel de Orihuela, Penitenciario y Predicador de la santa Bóveda de san Gines, Consiliario Eclesiástico de la citada Congregacion, y Doctoral por S. M. de la Real Capilla de la Encarnacion de esta Corte.

A expensas de S. M.



MADRID: IMPRENTA DE D. E. AGUADO,
IMPRESOR DE LA REAL CASA,

1829.



Al Rey N. Sr.

Don Fernando VII de Borbon

(D. D. G.)

SEÑOR:

*L*as primicias impresas de mi debil pincel oratorio, empleadas en formar el funebre elogio de las cristianas virtudes de vuestra adorada Esposa Maria Amalia de Sajonia, por justicia y gratitud debian ponerse á vuestros Piesales

*Pis. Y habiéndose dignado V. M. aceptarlas
benignamente por su Real decreto, ha recibido
el mas lisonjero premio de las lágrimas con que
mas de una vez se borraron las líneas que tra-
zaba con trémula mano vuestro mas fiel amante
vasallo y Capellan*

SEÑOR:

Pedro Rico y Amat.

Consumada brevemente su vida, llenó muchos espacios; y por cuanto era agradable á Dios su alma, se apresuró á sacarla del medio de la maldad. En el libro sagrado de la Sabiduría, cap. 4. vers. 13 y 14.

 Señor:

Los hechos mas gloriosos de los Reyes y Monarcas del mundo; las memorables hazañas de los guerreros y conquistadores que adora la fama, y los soberbios monumentos que se erigen y levantan para perpetuar los dias de gloria que adquirieron por su valor y heroismo, todo, todo se destruye, se aniquila y desaparece como una sombra fugitiva á la vista de las victorias y trofeos que la muerte consigue á cada momento de los míseros

mortales. Ni el decantado poder de las armas, cuyo horroroso estruendo siempre lleva delante de sí la desolacion, la destruccion y el espanto; ni una vana y orgullosa filosofía, cuyo pestífero y mortal veneno causa los mayores estragos en el corazon que domina, formando de hombres cuerdos necios delirantes; ni la mas rara y elegante hermosura que con su absoluto dominio roba las atenciones, y cautiva el entendimiento, y enloquece los afectos, y trastorna la razon de aquellos que incautamente fijan en ella los ojos; ni el esplendor y brillo del oro mas puro, que con su irresistible virtud allana las dificultades, remueve los obstáculos, y hace espeditos todos los caminos; ni lo que es mas, la magestad que inspira el trono, y el respeto debido al santuario, nunca jamas han podido formar alianza, ni entrar en medios de arreglo ni composicion con la fiera muerte: el manifestar la dilatada série de sus triunfos, es querer formar la historia de todas las edades, de todos los siglos, de todas las generaciones.

Las repúblicas mas bien ordenadas, los reinos mas florecientes, y los mas dilatados imperios, yacen confundidos con el polvo; y á la manera que una exhalacion desprendida de la nube en una horrorosa tempestad, destruye en un momento cuanto en su carrera encuentra, así en otro momento mas incierto é imperceptible echa por tierra la muerte los cetros y las mitras, las coronas y tiaras, los capelos y los bastones, y acaba con los honores, los destinos, la fama, y todo cuanto lisonjea nuestros sentidos. Noé, aquel amigo de Dios que conservó milagrosamente su existencia en una arca, cuando á su vista desaparecieron todas las generaciones humanas; este mismo hombre, al parecer inmortal, fue asaltado y vencido por la muerte. Abraham, que multiplicó sus hijos como las arenas del mar, y vió reducidas á escombros y ceniza las populosas ciudades de Pentápolis, hubo de ceder en su buena vegez y avanzada edad al imperio de la muerte. Moisés liberta á su pueblo del tiránico dominio de Faraon, ar-

rojando al mar Rojo sus triunfales carros; y este hombre afortunado pagó tambien su tributo á la muerte, cuando sube al monte de Abarim para mirar desde alli la tierra de Canaam. Si á éste le sucede Josué, que humilló y venció en sus dias á treinta y un Monarcas, y cuyo poder se estendia hasta parar el astro de primera magnitud en su rápida carrera; si Barac, alentado por Dévora, vence á Sísara, y éste muere á manos de la esforzada Jaél; si Betulia triunfa del impuro Holofernes, por el denodado valor de la esclarecida Judit; si en las historias profanas se admiran las proezas de un Alejandro, que suspira porque solo hay un mundo que conquistar; y si en nuestros dias hemos visto al favorito de la fortuna que desconocido en Córcega, resonó luego la fama de su nombre por toda la tierra, todos estos ilustres y afortunados personajes no ofrecen ya á los ojos del hombre reflexivo otra cosa que la triste idea de que existieron. ¿Y para qué buscar edades tan remotas, cuando á nuestra vista

y en el verdor de sus dias, acaba de desaparecer de entre nosotros el caro objeto de nuestras complacencias? ¡Pobre España! ¡Desgraciada nacion, digna á la verdad de mejor suerte! ¡A qué precio tan subido has comprado siempre todas tus dichas! Parece ciertamente, que del mismo modo con que el Señor se comportó con su escogido pueblo, te visita con la misma alternativa de gustos y pesares, de beneficios y castigos, de dones y de tribulaciones. Esto te faltaba para que la Religion tuviera un golpe mas que sufrir, y el Estado una herida mas que llorar; esto faltaba para que tus hijos se vean hoy oprimidos del mayor dolor, al ver eclipsada para siempre aquella resplandeciente estrella que principiaba á esparcir sobre ellos su benéfico influjo. ¡Oh muerte funestísima! ¡Oh inexorable muerte! ¡Qué amarga será siempre para nosotros tu memoria! ¡Qué trastornos, qué mudanzas has causado en tan pocos y breves dias! ¡Por qué tanto furor para derribar y echar por tierra á un

solo golpe una criatura amable y benigna, una esposa amante y fiel, una Reina prudente y virtuosa, y sobre todo, una madre tierna, digna de la memoria de todos sus hijos? ¿Por qué la haces desaparecer á la region del olvido, y nos privas de su dulce y amable trato? ¿Por qué quieres tener la cruel satisfaccion de poner término á una vida, para todos tan interesante? ¿Pero adónde voy, y contra quién dirijo mis quejas? Perdonad, sabios que me oís, perdonad que la violencia del dolor en una muerte para mí tan sensible, me haya arrancado espresiones al parecer poco prudentes; y permitidme que por un breve momento explique mi pena y desahogue mi espíritu oprimido de amargura.

Yo bien sé, porque me lo enseña san Pablo (2), que solo Dios es el Rey inmortal de los siglos, á quien únicamente se le debe el honor y la gloria. Confieso, y debo confesar, que el Omnipotente, como árbitro de los destinos del hombre, tiene en sus manos la vida

y la muerte de los Reyes, como tiene el barro en las suyas el alfarero (3). Conozco y debo conocer, que ha contado los dias del hombre, y le ha fijado unos límites, que no pasará jamas (4). Mas no obstante esto, ¿cómo dejará de agitarse mi espíritu, si á la vista de ese fúnebre aparato observo un profundo silencio, y llenos de un vivo dolor tantos agradecidos y sensibles corazones? ¿cómo dejaré de sentir, si de todos los ángulos del hemisferio español llegan hoy á mis oidos la voz del gemido, el eco del llanto, y los ayes mas tristes y doloridos? ¿cómo podré ser insensible á las lágrimas vertidas por las personas de todas clases y estados, y principalmente por esta Real y venerable Congregacion de Guadalupe, al considerar que desde hoy le falta para siempre su augusta Protectora (5), que la habia honrado recibiendo su santa divisa, é inscribiendo en ella su Real nombre, y cuando advierte que ha perdido una gran Señora llena de honor y de honestidad, pacífica y misericordiosa, instruida sin

arrogancia, docta sin presuncion, humilde sin bajeza, virtuosa sin hipocresía, y religiosa sin ficcion? ¿Pero quién es esta muger feliz que con tanta sollicitud buscaba Salomon, y que nosotros despues de haberla encontrado la hemos perdido para siempre? Lo diré de una vez, aunque se renueve la tristeza y se aumente el sentimiento: la incomparable *María Josefa Amalia de Sajonia*, digna Reina de la católica España. Esta es aquella criatura dichosísima, que destinada por el cielo para esposa del mejor de los Monarcas, se llevó tras sí los votos de todos sus pueblos; esta es la que presentándose en medio de sus hijos, vimos en ella un Angel en su hermosura, un Angel en la pureza, un Angel en todas sus costumbres; esta es en fin la que viviendo pocos años, no dejó vacío alguno en ellos, y por cuanto era agradable á Dios su alma, se apresuró á sacarla del medio de la maldad.

¡Qué feliz mi suerte en este dia, cuando para formar el elogio de nuestra difunta Rei-

na no necesito llamar en mi apoyo ni al artificio de la lisonja, ni á la fuerza de la elocuencia para desfigurar los hechos ni ocultar debilidades! *María Josefa Amalia* se basta á sí misma, y el dilatado campo de virtudes cristianas que encuentra el orador evangélico en la historia de su vida, la elevan al alto punto de gloria en que la coloca la verdad de sus acciones sencillamente referidas. A no ser así, tú misma, oh alma grande, tú misma no llevarias á bien mi designio, y tu sombra desde la region de los muertos vendria á perturbar esta fúnebre pompa, á condenar la mentira que jamas se oyó en tu boca, y que tanto debe distar del sitio de la verdad. Esto supuesto, no dudo afirmar como única proposicion: que *María Josefa Amalia vivió y murió como viven y mueren los justos*, deducida naturalmente y sin violencia alguna de las mismas palabras de mi tema: *Consumada brevemente su vida, llenó muchos espacios; y por cuanto era agradable á Dios su alma, se apresuró á sacarla*

*



del medio de la maldad. No pretendo en esta materia prevenir los juicios de la Iglesia, ni oponerme en manera alguna á sus santos y venerables decretos.

María Josefa Amalia vivió y murió como viven y mueren los justos.

No es Dios aceptador de personas, como enseña san Pedro; igualmente vela por la salud de todos los hombres, y no hay diferencia alguna de condiciones y estados delante de su justicia. Mas no obstante esto, iluminado divinamente el Profeta Rey asegura en sus Salmos (6) que el Señor tiene muy particular cuidado de aquellos que destina para el trono, y pone al frente de los pueblos. Dirige entonces sus corazones segun su beneplácito, para que cumplan con exactitud su divina voluntad, y engrandezcan y magnifiquen su nombre: conozcamos y admiremos esta predileccion particular de Dios sobre nuestra difunta Reina. Si el retrato que forman sus virtudes no fuera tan bello, necesario sería formar lo sobre la nobleza y



la gloria de sus mayores; y si su vida hubiera sido menos dichosa, recurriría tal vez á la grandeza de su augusta casa, cuyo poder y piedad de tal modo se eternizan, que no envejecen con el tiempo; pero el esplendor de sus acciones obscurece, por decirlo así, el de su nacimiento; y yo la contemplo tan perfecta desde los instantes primeros de su razon, que el menor elogio que se la puede tributar es el decir que ha nacido en la corte real de Sajonia. Aun bien no habia salido de su dorada cuna, ni del todo vencido los embarazos de la niñez, y ya fijó desde entonces sus ojos para siempre en el adorable sol de la eternidad. Aunque se vieron en *María Josefa* entretenimientos propios de su edad, jamas se notaron aquella indocilidad y travesuras á que inclina desde luego la humana fragilidad y la corrupcion de la naturaleza, triste herencia del pecado. Sí, nunca se notó indocilidad ni altivez en *María Josefa Amalia*; y de tal modo dominó estos vicios y los humilló en sus primeros años,

que aconsejada de su misma aya de lo peligroso que podria serle el detenerse mucho tiempo en componerse el cabello, contemplando al espejo sus hermosas facciones, lo que gustaba sobremanera nuestra Reina, segun su propia ingenua confesion, de tal modo grabó en su tierno corazon aquella oportuna advertencia, que nunca ha vuelto á mirarse en él, ni aun cuando sus camaristas la adornaban en los dias de gran gala con los trages y vestidos propios de una Reina. Parece que el Señor dirigia desde entonces esta alma justa por los caminos rectos, y habia tomado posesion pacífica de ella para no dejarla jamas. Como el sabio y diestro jardinero que aparta del tierno arbolito la dañosa yerba para que al abrigo de un nutrimento suave dé á su tiempo frutos copiosos y abundantes, así apartó de la jóven *Amalia* las piedras de escándalo y de tropiezo en que podia estrellarse en sus juveniles dias: costumbres morigeradas, pensamientos santos, religiosas ideas ocuparon aquel

tierno corazon , en lugar de aquellos sentimientos menos puros que llevan siempre consigo impreso el sello del deleite y del vicio.

¡Dresde feliz! ¡afortunada patria de *Maria Josefa*! tú sola fuiste digna de observar desde un principio las excelentes virtudes de que estaba adornada: tú admiraste muy luego la nobleza de su alma, la sensibilidad de su espíritu, la ternura de su corazon, y la belleza de su índole, indicio cierto, presagio seguro de lo que habria de ser. Entregada á las delicias de la oracion en la amable soledad de su oratorio, todas sus ocupaciones eran inocentes, y sus deseos divinos; y si con los ojos de la carne pudiéramos penetrar aquellos velos que cubren en lo interior de nosotros las operaciones de la gracia, sin duda hubiéramos visto plantar dentro de sí misma el reino de Dios y su justicia, segun el Evangelio (7); valerse de la sangre del Salvador para purificar mas y mas la sangre de su remoto origen (8); y en ese corazon á quien la mentira y la lisonja jamas

se atrevieron á acercarse para darle una falsa gloria , hubiéramos oído la verdad que la enseñaba sus obligaciones, y la descubría sus defectos. No es extraño que conociendo desde entonces todo el mérito del cristianismo, y cooperando eficazmente á la direccion sabia é ilustrada que sus padres la habian proporcionado , como si hubiesen divisado á lo lejos el augusto trono que la preparaba la Providencia , todo su anhelo fue merecer el realzado timbre de una verdadera católica. Así fue como *María Amalia* creció desde entonces cual robusta planta, y se elevó hasta el grado de atraerse los votos del pueblo, que veían con admiracion los hermosos pasos de esta hija del Príncipe ; es decir , no vieron en ella una Infanta llena de vanidad por su nacimiento y su mérito, adornada de trages escandalosos en aptitud de anunciar un espíritu orgulloso y de liviandad , sino una jóven Princesa que con aire de magestad daba á entender en todas sus maneras y acciones la idea que habia formado de lo ca-

duco y precedero de las grandezas de la tierra. Puede decirse de ella que habiendo adquirido como Salomon una alma buena, fue mas digna de alabanza la pureza de esta alma en un cuerpo manchado, que la de un espíritu libre y desembarazado del mortal peso de la materia: puede decirse que con esta alma nació juntamente aquella sumision respetuosa á los que la habian dado el sér; una modestia poco comun en las de su sexo, una sencillez que arrebatara en los adornos exteriores, mas propios de una súbdita, que de hija esclarecida de Maximiliano y de Carolina María Teresa, Príncipes de Sajonia, y una inclinacion en fin decidida á las cosas del Santuario, y á los Ministros del culto.

Esta fue, señores, la época primera de su apreciable vida, hasta que el Dios que vela por la felicidad de los Reyes, y por el bien estar y quietud de las naciones, la destina para el trono de las Españas y esposa de *Fernando*. Sí, no hay duda: el cielo ha-



bia decidido que la Infanta mas perfecta de la tierra pertenecia al mejor de los Reyes : tal fue el cuidado que tuvo de formar dos almas grandes , aunque en diferentes climas, que amándose mutuamente se uniesen un dia con eterno lazo. Muy cuerdo y prudente nuestro Soberano en asunto tan delicado y de tanta trascendencia , no quiso seguir los impulsos de su fiel corazon en la eleccion de su esposa, hasta haber oido el parecer de varones virtuosos y sabios consejeros , fieles depositarios de su Real confianza ; porque sabia muy bien que si el trono se afianza mas y mas con los dulces frutos del matrimonio, éste debe ser en un Rey el resultado de un detenido y maduro examen. Comunicado el Real proyecto á Sajonia , y conociendo claramente nuestra Reina ser la voluntad de sus padres la de Dios, nos envió aquel *sí* venturoso que causó la alegría de toda la España. Nunca olvidarán los Sajones el dia en que vieron arrancar de su suelo aquella flor de la mañana para ser tras-



plantada en nuestra tierra. Pero tampoco nosotros dejaremos de engrandecer en tí, oh jóven Reina, aquella viva y encendida fé únicamente comparable á la de Abraham (9), con la que supiste á la tierna edad de quince años dejar, al primer llamamiento de tu Dios, tu tierra, tus parientes y la casa de tus padres, y venir al lugar que te habia demostrado el Señor, para hacerte grande entre las gentes, y eternizar tu nombre. Dejemos nosotros tambien á Sajonia, y observemos lo que pasa en su tránsito hasta la capital.

La fama de sus virtudes habia volado como un fuego rápido por toda la Península, y los pueblos todos se disputaban la gloria de poseerla. Allí es ver mil y mil gentes que de remotas tierras y largas distancias acudian de tropel á los caminos, mezclando con sus vivas y aclamaciones las lágrimas de puro gozo que vertian sus ojos: allí es ver á los trémulos y débiles ancianos esclamar como Simeon: "Moriremos en paz, porque nuestros

ojos han visto la salud que viene para Israel." allí es ver á los pequeñuelos y parvulillos entonar, á imitacion de los Hebreos, aquel alegre *Hosanna* que subia hasta las alturas: allí es ver á los ungidos del Señor, que en union con los magistrados del pueblo, á voz en grito la decian: bendita sea la que viene en nombre del Señor: tú serás, repetian todos, la gloria de Jerusalem, la alegría de Israel, y el honor de nuestro pueblo. Celebre Roma con festiva pompa las entradas de sus Césares invictos; levante triunfales arcos, y prepare magníficas carrozas para que sentados en ellas los capitanes y soldados publiquen del Cesar el triunfo y la victoria, que Madrid siempre fiel y siempre heróico obscurecerá en este dia las glorias de los Romanos. Un Rey pacífico, cuyo semblante desean ver siempre todos sus hijos acompañado de sus siempre caros hermanos y Real Familia, sale á recibirla; y *María Josefa* con un ramo de oliva en la mano, anunciando á todos la paz, y en una vistosa carrete-

la, formada de corazones madrileños, y sobre los brazos de la fidelidad, es conducida hasta la Real estancia. ¡Víctimas de la miseria y del hambre, enjugad ya del todo vuestras lágrimas, pues su sensible corazón viene á compadecerse de vuestra triste situación! Y vosotros, Sacerdotes del Altísimo, dirigid himnos de gratitud al Señor, y descansad tranquilos en sus tabernáculos, pues la esposa de nuestro Rey, tan cristiana como él mismo, disipará los densos vapores que pretenden obscurecer la hermosura de la Hija de Sion.

Con efecto, habíala Dios elevado al trono, para que fuese su virtud mas observada; unióla al mejor Rey de la tierra, para honrar con él la Religion; y establecida en un reino en donde el trato mas amable de los Reyes con sus vasallos hace se conozcan mas de cerca sus buenos ejemplos, siguió su perfecta vocacion, y no hubo jamas vida mas pura, mas regular, mas uniforme, ni mas completa. El temor santo de Dios dirigia sus

operaciones; así es que jamás tuvo la maleficencia motivo alguno para hablar mal de ella, en unos días de corrupción general, en que hay tan pocas reputaciones inocentes, y mucho más en las cortes, en donde la malicia nunca perdona á la flaqueza, y en donde la más acrisolada virtud con dificultad se halla libre de infundadas sospechas y malos juicios. Siguió la máxima sensata de que todo el peso del poder debía gravitar sobre la persona del Rey, y sobre ella el aumento de la piedad, el arreglo de las costumbres, y el buen ejemplo. No creais por eso, señores, que esta Reina ocupada toda en su salvación, no tuvo parte, y parte muy activa en los sucesos y negocios del reino, pues tuvo toda aquella que la Providencia la había señalado; y á la verdad, si *Fernando* meditaba en lo más secreto de su gabinete acerca del modo de hacer feliz su nación, *María Josefa* invocaba al pie de los altares aquella eterna sabiduría que preside los consejos de los Reyes: si *Fernando* vuela al triunfo apa-

ciguando las disensiones de sus hijos, *María Josefa* dirige sus votos al cielo, y completa la victoria: si *Fernando* en fin se espone á los peligros, y se ve rodeado de los riesgos mas inminentes, *María Josefa* levanta en alto sus inocentes manos para recibir el auxilio. ¡Soberanos espíritus! vosotros que estais destinados para la custodia de los Reyes, decidnos cuantas veces os rogaba que acudiéseis, y veláseis, y conserváseis una vida tan estimada. ¿Y no es esto elegir *María* la mejor parte en los sucesos del reino, y en los intereses de la nacion (10)?

¿Y qué deberé yo deciros de su generosa beneficencia, debiendo hacer mencion muy particular de esta virtud? Dicho está todo de una vez. La caridad y la clemencia se reunieron, y formaron sus entrañas. Sabed que hablo de una caridad benigna, paciente, sufrida y universal, que sin cesar de hacer bien, nunca cree haber hecho bastante: que da mucho, y siempre dá con alegría; ó hablando con mas propiedad, caridad propia de *Ma-*

ría Josefa, que dió cuanto tenia, y sentia no tener mas. No creais ser esta una idea de perfeccion que yo me imagino; es una verdad fundada en los hechos públicos, y en las acciones de aquella cuya memoria recordamos con dolor. Dirigid sino vuestra vista á esa triste morada de las incurables, en donde al vivo se presentan tantas imágenes de la muerte; mirad allí á *María Josefa*, me he equivocado, señores, ved allí entrar á un Angel, á un Serafin abrasado en caridad, que recorriendo las salas y dormitorios, recibe de unas los suspiros, anima á otras á la resignacion y á la paciencia; á esta infeliz le compone su lecho, á aquella le limpia con su mismo pañuelo el sudor del rostro; y qué mucho, cuando mas de una vez se la vió adelantarse á las mismas hermanas de Paul, llegar hasta la cocina, y llevar en sus Reales manos el caldo y desayuno para las mas necesitadas. ¡Oh espectáculo digno de arrebatarse por sí solo la admiracion del mismo cielo! Pero todavía queda mucho que oír y que admirar. Llegar

á sus piadosos oídos un día la fátal noticia de no poderse mudar los lienzos y sábanas de las infelices, porque el establecimiento carecía de todo humano socorro. ¡Mas en qué tiempo! Cuando *María Josefa* habia distribuido en sus acostumbradas limosnas toda la suma señalada como Reina. ¡Oh y qué dardo tan penetrante para su corazón! ¡qué amargura no hubo de inundar su alma! “Vé, dice á su Camarera, escribe en mi nombre á ese Eclesiástico que dirige el establecimiento, dile que adelante la cantidad necesaria, que socorra prontamente la necesidad, que yo se la devolveré.” ¡Oh bella caridad, hija angelical de la divinidad! ¡oh virtud divina bajada del cielo! Tú sola pudiste inspirar sentimientos tan elevados en el corazón de *María Josefa*. Ved tambien con qué ternura, con qué amor visita la Real casa de la Inclusa, y aunque se estremece, sí, se estremece al ver de cerca los frutos de un amor imprudente y criminal, contribuye no obstante cuanto puede para hacer menos desgraciada la suerte de aquellos

inocentes, condenados sin culpa á sufrir el enorme peso de los delitos de aquellos que les dieron el sér. Vedla en esos hospitales santos, en donde se juntan todas las enfermedades y accidentes de la vida humana; vedla allí hacerse superior á los temores y á la delicadeza de su sexo, por satisfacer á su caridad con peligro de su salud y de su vida. Vedla repartir la comida á las pobres en el señalado dia de la Encarnacion, mas grande y mas gloriosa, rodeada de aquellas infelices, que cuando entre filas de bizarras tropas, y sentada en brillantes carretelas, recibia los honores de Reina, y participaba de los triunfos de su esposo. Vedla distribuir igualmente considerables sumas para socorrer á aquellos mismos á quienes el estravío de sus opiniones habia reducido á indigencia. Vedla.... ¡Pero adónde voy, señores, si de su clemencia y misericordia podia formarse el mas completo y acabado elogio!

El casto amor conyugal justamente retribuido por el Monarca, nunca padeció eclips-

se alguno, ni aun en las terribles y críticas circunstancias que trastornaron el orden de la nacion. Mitigaba las penas de *Fernando* con una gracia mas sensible que la belleza misma, ocultando en su corazon las suyas para no aumentar las de su esposo. Si alguna pasion dominó el alma grande de *María Josefa*, fue la lectura de los mas sabios y clásicos autores en materias eclesiásticas y de la sana moral: instruida suficientemente en la historia de las naciones, no lo fue menos en la de la Religion, recreando muchas veces su espíritu atribulado con diferentes ingeniosas composiciones poéticas acerca de las obligaciones del matrimonio, de los deberes de un militar, y sobre todo de las glorias del Sacramento, y de los misterios mas augustos de nuestra fé. Del sincero deseo de la perfeccion y de su eterna salud provenia aquella delicadeza de conciencia y prolijo exámen, hasta llegar á descubrir los mas ocultos senos de su alma: de aquí aquellas confesiones fervorosas y continuas, que daban á entender

sentia en sí misma el peso de las mas ligeras faltas. ¡Con qué placer recogia su espíritu en el secreto de su oratorio, trayendo á la memoria los dias antiguos y los años eternos, ofreciendo á Jesus un corazon , formado únicamente para él! Si se presenta en la Real Capilla, ¡cómo olvida al momento que es Reina , y de tal modo dirige su mente á Dios por la oracion, que no se distrae ni por una simple mirada! ¡Qué veneracion y aprecio hacia de los ministros del Señor! Cubria sus faltas por caridad, y respetaba en medio de sus defectos una dignidad y un poder mucho mayor que el de los Reyes. Así vivió *María Josefa Amalia*; y esta víctima adornada con la joya preciosa de sus virtudes, precisamente habia de caminar con celeridad al sacrificio. Todos sus dias, como habeis visto, estaban llenos de un mérito extraordinario. En breve tiempo corrió espacios inmensos, y como el mundo no era digno de poseer este tesoro, *el Señor se apresuró á sacarla del medio de la maldad.*

Es verdad que la muerte puso término en Aranjuez á los preciosos dias de nuestra Reina; pero no hay duda que aquella sañuda fiera (10) salió dias antes de los espesos bosques del Pardo, para dar el primer asalto y devorarla. Yo no sé qué mortal peso la oprimió desde entonces, que perdiendo insensiblemente sus fuerzas, se vió debilitada notablemente su naturaleza; y aunque quiso ocultar por algun tiempo su enfermedad á un Rey, á quien tiernamente amaba, hubo en fin de ser conocida por la perspicacia de los facultativos de su Real cámara. Remedios tan crueles como los mismos males, dolores vivos y continuados, sus fuerzas estenuadas por el mismo cuidado que se tiene en sostenerlas, todo lo sufre con una constancia inimitable. Vé venir la muerte á lo lejos con todo su funesto aparato, y la espera tranquila. No siente el afanado labrador tanto gusto con la abundante cosecha de sus frutos, despues de los sudores que le costó el cultivo de sus campos, ni el navegante por



su arribo á un puerto seguro despues de una tempestuosa borrasca, como el placer que recibió *María Josefa* cuando el grande Arbitro de los destinos del hombre le intimó la órden de que en breve dejase este mundo falaz, y se presentase ante aquel tribunal donde únicamente son juzgados los Reyes. Regocijado su espíritu con el sabroso maná del cuerpo y sangre del Salvador, y sostenida su alma con el pan de los fuertes, comenzó desde entonces á suspirar con deseos mas vehementes que la Esposa de los Cantares (11) por aquel momento feliz en que iba á unirse para siempre con el amado de su alma; instante dichoso para nuestra Reina, en el que deponiendo el grave peso de su cuerpo, y roto el nudo de la servidumbre, habia de alzar el vuelo hasta la mansion de los Santos. Yo me imagino que la Religion de Jesucristo, de quien ha sido tan amante, se dejaria ver con toda su hermosura, y mandaria á su inocente alma subiese á gozar de la encumbrada grandeza que la tenia prepa-



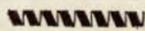
rada con el Padre de las eternas Tribus. Ven, la diria, y recibe para siempre el ósculo del honor: ven, y vístete de brillante púrpura; recibe un cetro que será eterno; ciñe tus sienes con una corona de luz inmortal; mira los cielos como se abren para tí, y yo iré delante para hacer tu comitiva mas gloriosa: no temas la muerte, pues has vivido como viven los justos: ea virtudes, humildad, modestia, benignidad, fortaleza, mansedumbre, esperanza, fé, vosotras que formásteis el bello carácter de *María Josefa*, corred, bajad al mundo; acá arriba no sois de uso necesario: tú sola, bella caridad, que has abrasado el dilatado pecho de la Reina, tú sola debes venirte con nosotros: y al punto su espíritu desaparece de la tierra.

Las bóvedas del palacio repiten con el acento mas lúgubre á la madrugada del diez y siete de mayo la muerte de la virtuosa Soberana. El corazon del Monarca es oprimido de dolor cuando se le anuncia no existia ya mas el tierno objeto de su amor: la Familia

Real se conturba; su fiel servidumbre se entrega al llanto; el sitio del placer se convierte en el sitio del pesar; el mismo sol que otros dias salió alegre y hermoso, se escondió entre densas y opacas nubes: Madrid advierte la novedad, conoce la fatal nueva: cual otra Jerusalem depone los vestidos de gala; suspende de los sauces los instrumentos de su alegría, y se prepara á trasladar, desde las fragantes rosas de Aranjuez á las frias cenizas del Escorial, los mortales despojos de aquella Reina amada, á quien pocos dias antes habian despedido entre las aclamaciones del júbilo y los vivas del mas puro regocijo.

Cierra tus ojos, virtuosa *Amalia*; cierra tus ojos al mundo; y ábrelos para siempre en la eternidad. Vuela al cielo por la piedad de Dios, bella *Sunamitis*, pero vuelve tu cara para que te veamos: recibe, *María Josefa*, el premio de tus virtudes en la presencia del Señor, y entonces acuérdate de nosotros: la sangre de la víctima santa, sacrifi-

cada hoy en el altar de la propiciacion y ofrecida por tí al eterno Padre, limpie tus manchas, espie tus defectos; y purificada tu alma, vé á la gloria y descansa en paz.



cada hoy en el altar de la propiciacion y ofrecida por ti al eterno Padre, limpie las manchas; espie las defectos; y purificada la alma, vé a la gloria y descansa en paz.

NOTAS.

(1) Fueron presididas estas exequias, á nombre de S. M., por el Excmo. Sr. Duque de Montemar, Conde de Trastamara, con asistencia de los Excmos. Sres. Rmo. P. Fr. Cirilo Alameda, General de la Religion de san Francisco, Consejero de Estado, celebrante: Sr. Comisario general de Cruzada: Sr. Obispo de Chile: el Illmo. Sr. Obispo electo de Jaca, y otros varios Sres. Consejeros, eclesiásticos y militares de todas clases.

(2) *Regi sæculorum immortalis et invisibili soli Deo honor et gloria.* I. ad Timot.

(3) *Quasi lutum figuli in manu ipsius, plasmare illud et disporre.* Eccles. cap. 33. v. 13.

(4) *Constituisti terminos ejus, qui præteriri non poterunt.* Job. cap. 14.

(5) No solamente *Maria Josefa Amalia* se dignó alistarse en la ilustre y Real Congregacion de nuestra Señora de Guadalupe, honrándola con el título de Protectora perpetua, y haciendo á sus espensas todos los años un dia de funcion, sino que pidió y recibió con la mayor edificacion el santo escapulario.

(6) Salmo 104. v. 5. y Salmo 17.

(7) *Luc.* 17. v. 21.

(8) Nuestra Soberana dedicó á sus espensas un altar al Señor en Aranjuez, dándole gracias por la conversion al catolicismo de sus augustos ascendientes.

(9) *Egredere de terra tua, et de cognatione tua, et de domo patris tui, et veni in terram, quam monstrabo tibi; faciamque te in gentem magnam, et magnificabo nomen tuum.* Gen. cap. 12. v. 1. y 2.

(10) *Maria optimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea.* Luc. cap. 10.

(11) El orador quiere dar á entender con esta figura la peligrosa enfermedad de las enginas que padeció S. M. en el Real sitio del Pardo antes de trasladarse á Aranjuez.

(12) *Surgam et circuibo civitatem, quæram quem diligit anima mea.* Cant. cap. 3. v. 2.

